

tomó el título de Faraon ó *pir'u*, como transcriben este nombre los monumentos cuneiformes (714). Los ethiopes no conservaron del valle del Nilo más que Tébas y algunos nomos cercanos, ésta fué la herencia de Sbahatok que sucedió á Shavak en el trono.

Saryukin, ántes de recibir los tributos del Egipto y al dia siguiente de la rota de Shabak emprendió la conquista de los distritos montañosos de la Armenia, en donde están las fuentes del Éufrates y del Tigris, sobre todo del país de Urarti, en el que la civilizacion asiria ejercía su influencia desde los lejanos tiempos en que los reyes de Nínive hacían la guerra en aquel territorio; vencido el Urarti, tocó su turno á los medos; concluida su campaña en el Iran, Saryukin ó sus tartanes penetraron en Siria en donde se tramaban nuevas coaliciones; es verdad que Tiro no se rindió, pero todos los otros pueblos reconocieron el poder asirio, que entónces preponderaba también en el Asia menor hasta el Saros y el Halys.

Marduk-bal-idima (Merodac-Babalam) y Sutruk-Nakunta, rey del país caldeo de Bet-Yakin, el primero, y el segundo rey del Elam, se aliaron contra Sargon. Este logró interponerse entre ellos y los batió en detall. El caldeo abandonó en la batalla "el palanquin, el cetro y el trono de oro" y "el temor inmenso de mi poder se adueñó de él, dice una inscripcion cuneiforme, dejó su trono ante mi enviado, besó la tierra y no se vieron más sus huellas."

Después de algunos desastres en el Urarti y en el Elam, Saryukin sucumbió asesinado (704) en su alcázar de Korsabad (Dur-Saryukin). Le sucedió su hijo Sin-akhé-irib.

*Sin-akhé-irib.* (704-681). Con excepcion de algunos reyezuelos de la costa del Mediterráneo, casi todos los súbditos ó tributarios del Imperio, se sublevaron como siempre que el cetro cambiaba de mano. Senaquerib, como lo llama la Biblia, em-

pezó por recobrar la Caldea y el heroico y tenaz Marduk-bal-idina, buscó, vencido y solo, un refugio en el Elam. Reconquistó en seguida los países del Norte y del Este, y agregó nuevas provincias al imperio; preparado así, penetró en la Siria, sometió á la Fenicia, el rey de Sidon, Louliya, se refugió en las islas y Sin-akhé-irib pudo grabar sus estelas de victoria en Nahr-el-Khelb, al lado de las de Ramses II. Los egipcios vinieron á su encuentro hasta Ekron, en país filisteo y fueron destrozados. La situacion de Hizkiah en Jerusalem, era cada vez más precaria; solo él quedaba en pié de los enemigos de la Asiria. Sin-akhé-irib penetró en Judá, asolándola y destruyendo todo á su paso, y segun las palabras de Jesaiiah, el país se vació, y Jahveh lo volvió al revés, dispersando á sus habitantes; aún no llegaba la invasion á los muros de la ciudad de David, y ya más de 250,000 judíos habían sido trasportados á las orillas del Tigris. Hizkiah tuvo que someterse; para pagar su tributo hubo necesidad de arrancar hasta las planchas de oro del templo. Mientras se celebraba el tratado, los egipcios del Delta reunidos marchaban sobre el asirio; éste, creyéndolos en connivencia con Hizkiah, se contentó con lanzar espantosas amenazas sobre Jerusalem; y marchó al encuentro de los nuevos enemigos; mas la peste le esperaba en el desierto, y de tal modo consumía su ejército, que tuvo que regresar casi solo á Nínive. Los judíos atribuyeron este inesperado desenlace á Jahveh, los egipcios á Phtah, que había mandado un ejército de ratas sobre los asirios mientras dormían, y cuando éstos hallaron todas las cuerdas y correas roídas, se sintieron desarmados y se rindieron ó dispersaron. Sin-akhé-irib no se abatió por este golpe. El viejo Marduk-bal-idina había sublevado de nuevo la Caldea y buscando la alianza de Hizkiah; el rey judío, á consecuencia del desastre de los asirios, había subido tanto en el concepto de los otros pueblos,

que Jerusalem se inundó de riquísimas ofrendas y de tributos. Con todo, siguiendo los consejos del gran profeta, no aceptó la alianza caldea; hizo bien, porque Marduk-bal-idina fué vencido y tuvo que refugiarse en el Elam, en donde murió á poco, dejando un renombre de indomable tenacidad y de bravura. Á esta campaña sucedió la de la Media; á ésta otra mayor en el Elam, en donde las gentes de Bet-Yakin (baja Caldea), agobiadas por la opresion ninivita, se habían refugiado. Sin-akhé-irib, para dar un golpe definitivo al Elam, hízose construir en el Tigris una gran flota por los sirios y los fenicios que descendió al Pérsico las gentes de Bat-Yakin fueron capturadas, y el rey Kudur-Nakunta, á dos dedos de su pérdida, se vió obligado á refugiarse en los confines de la Susania y de la Media. Sin embargo, rehecho de allí á poco, aparece de nuevo como vencedor en Babilonia; Sin-akhé-irib vuelve sobre él, y Babilonia es tomada y destruida casi. Á estas luchas siguen otras en el Asia menor contra los griegos, en Kilikia. En medio de todas ellas el rey asirio había tenido tiempo para ordenar inmensas construcciones, cuyos restos admiran hoy los anticuarios y en donde, segun una observacion del ilustre Rawlinson, ha brillado el arte pictórico de los asirios con su carácter eminentemente realista, gracias al afán de copiar servilmente á la naturaleza. Nínive abandonada hacía tiempo, fué restaurada entónces; en ella el rey asirio construyó palacios cuyas inscripciones les prometen la eternidad.

"En un mes feliz y en un dia venturoso construí, segun el voto de mi corazon, sobre esa base un palacio de alabastro y de cedro. . . Reconstruí las calles antiguas, ensanché las estrechas é hice de Nínive una ciudad fulgurante como el sol". En las pinturas que los monumentos de este tiempo han conservado, la pasion *realista* como diriamos hoy es tal, que en las representaciones de diversas escenas de la vida

cuotidiana, el número de utensilios, y de personas corresponde con minuciosa exactitud á la realidad.

*Assur-akhé-idin II.* (680-667). Sin-akhé-irib murió en 681 asesinado por dos de sus hijos, pero otro de ellos, Assur-akhé-idin (Esar-haddon) los venció, y apoyado por el ejército ocupó el trono. Empezó por someter á las tribus aryas de la Media, extendiendo su imperio hasta el Cáucaso y el Mar Negro. Batió en seguida á un hijo de Marduk-bal-idina en Caldea; después marchó sobre Sidon y derrotó al rebelde Abdimilkuth, quiso éste refugiarse en Chipre pero el feroz conquistador lo siguió "como un pescado," sometió la isla, volvió á Sidon, arrasó sus muros, degolló á sus nobles, y recorrió á sangre y fuego la Fenicia. Colonos de la Caldea y de la Susania reemplazaron al rey de Sidon y á los fenicios trasportados al Tigris.

ARABIA.—Las tribus árabes de procedencia kushita ó semítica, pululaban desde las orillas del Éufrates hasta las costas meridionales de esos semi-fabulosos países de Tonuter y del Punt, renombrados por sus grandes riquezas, y que desde tiempo inmemorial habían sostenido un gran comercio con la India por un lado y con el Egipto y el Asia por otro. Las tradiciones hebreas dan á una de las mujeres de Abraham, madre de los madianitas y de los sabeos, el nombre de Ketura, que quiere decir incienso, y á una hija de Ismael el nombre de Basmath, esto es, perfume. Efectivamente las gomas olorosas, las lanas y las pieles eran los principales artículos del comercio árabe, aumentados con las especies de la India y con la canela africana. Los árabes navegaban en barcas de cuero por las costas y en grandes caravanas, verdaderos pueblos en marcha y en lucha perpetua con los beduinos, desfilaban sobre sus camellos y sus incomparables caballos, á lo largo de las costas sabeas hasta el Elath, en el vértice del golfo elanita; de allí to- maban por las montañas edomitas, y se-

guían por el E. del Mar Muerto y del Jordán hasta Damasco; el otro camino lo hacían las tribus de Oriente, situadas en el Oman á orillas del Pérsico, frente á las famosas islas sagradas de los primeros kushitas, Telos y Alados, (grupo de Bahrein), de allí subían hacia el bajo Éufrates y remontaban el río hasta Harran, desde donde marchando en dirección del O. llegaban á Damasco y volvían por otro camino algunas veces. Hubo ocasión en que las tribus árabes pagaran á los persas un tributo anual de 100 quintales de incienso, que sacaban únicamente de la Arabia meridional. El más floreciente de los reinos árabes, era el de Sabá en el Yemen, renombrado en la antigüedad por sus prodigiosas riquezas, y la soberbia ostentación de las construcciones de Merab, su capital (al S. de la Meca actual), ciudad fundada por Kachtan, el padre legendario de los árabes del S., cerca de los famosos castillos de Salhun y de Bainum construidos de orden de Salomón, por los demonios, para la reina Belkir. Quince ó diez y seis siglos antes de nuestra era, sostenían estrechas relaciones los sabeos con los grandes reinos del Asia, y Saryukin fué amigo del rey El-Ety-miar de Sabá. Desde que Jacob, hijo de Kachtan, había sublevado á las tribus Jectanides contra los kushitas, la prosperidad del Yémen había ido en aumento, á pesar de la emigración de la mayor parte de los hijos de Kush, que siguiendo el mismo camino que sus antepasados, habían pasado el estrecho de Bab-el-Mandeb, penetrado en la Etiopía y formado el ejército con que los sacerdotes tebanos expulsados durante la XX y XXI dinastías habían consolidado su reino de Gebel-Barkal, é invadido y dominado el Egipto. Assur-akhé-idin, vencedor de la Fenicia, resolvió apoderarse del Yémen y empezó por someter á las tribus del Norte, pero las arenas del desierto detuvieron sus pasos, y el Yémen se salvó de la invasión.

LA RELIGION DE LOS ARABES.—Las diversas tribus semíticas que poblaban la Arabia, no estaban ligadas sino por un fondo vago y general de tradiciones y de creencias. Así en el Yémen la religión era solar, de donde ha venido el nombre de sabeísmo al culto del sol y de los astros, pues el pueblo principal que habitaba en el Yémen era el de los sabeos. El sol era Dios y las funciones del sol, símbolo del ser absoluto estaban personificadas en dioses inferiores. *Il* era, digámoslo así, el nombre masculino del sol, *shams* era su nombre femenino. La luna era el dios *Sin*; *Ilmakah*, el dios que oye, era la divinidad nacional; *Yashaa*, el salvador; *Haubas*, el luminoso; *Simdan*, el potente; *Dhamar*, el protector; *Dhu-samawi*, el rey de los cielos. Cada uno de estos dioses tenía su diosa y todos ellos tenían templos á donde desde aquellos tiempos iban los árabes en inmensas romerías.

En la región del Hedyaz, que está situada al N. del Yémen, en las costas del mar Rojo, el dios solar se llamaba *Akhas-Samain*, *Urotal* etc. Había además un gran número de divinidades locales representadas por estatuas de hombres y de animales; se adoraban también árboles y piedras análogas á los *bethel* de los cananeos uno de cuyos últimos vestigios, es la piedra negra adorada actualmente en la Meca; creían también en la existencia de genios *djins* y de espíritus malos *guls*.

Los nabateos nómades de la Arabia petrea que hacia el siglo VII antes de J. C., se sustituyeron á los edomitas, llamaban á su dios principal *Al* y *Allat*, formas masculina y femenina de la divinidad, sus otras divinidades, aún no bien conocidas, parecen de origen siro-fenicio. (v. Pierret *Mithologie*. 1878).

*El Egipto*. Desde la derrota de Shabak el Egipto era presa de las divisiones acostumbradas. Las dinastías saíta y tanita se disputaban el poder; Stefnates reinaba en Menfis y la dinastía etiope vegetaba en Tébas. Shabatok logró un momento

adueñarse del país, pero Tahraqa, que entonces reinaba en la Etiopía, propiamente dicha, bajó al valle del Nilo y lo arrolló todo á su paso; la madre de Tahraqa fué creada regente del reino y el pueblo egipcio figuró entre los vencidos, en las inscripciones de Tébas y de Gebel-Barkal. Veinte años reinó en paz el etiope, hasta que la invasión asiria lo despertó. Assur-akhé-idin penetró por Pelusa y se hizo dueño de todo el Egipto, entregándolo al pillaje y á la devastación, desde el Delta hasta Tébas. Neko I, nieto de Stefnathes, recibió del rey asirio la investidura imperial (672). El vencedor hizo esculpir en Nahr-el-Kelb, al lado de las estelas de Senaquerib y de Sesostris, una en que se llamaba vencedor del Egipto, de Tébas y de Etiopía. En los tres años de paz que siguieron construyó treinta y seis santuarios y palacios de cedro, plata, fierro, ciprés, ébano y oro (Smith). Uno entre ellos, el mayor de todos tenía el techo de cedro, las columnas de ciprés con aros de plata y de fierro y en sus vestíbulos velaban leones y toros de piedra. En medio de estas distracciones supo que Tahraqa había invadido de nuevo el Egipto y habría entrado en campaña á no haber sucumbido antes en Babilonia, la ciudad de su predilección (667), *Assur-ban-habal*, su hijo, recorrió el Egipto en triunfo y se volvió á la Asiria, pero inmediatamente Tahraqa reconquistó el país; Assur-ban-habal colmó entonces de honores á Neko y á su hijo Psametik y los envió sobre el Egipto. Cuando estos llegaron, Tahraqa había desocupado el país y muerto (666). Entonces quedó el Egipto dividido: los etiope reinaban en Tébas y los asirios en Menfis: los primeros tomaron la ofensiva y batieron y mataron á Neko; Psametik huyó en busca del rey asirio que volvió á recorrer á fuego y sangre el valle del Nilo, restableció á veinte reyes sobre el trono é hizo á uno de ellos, Paqrur, jefe de la liga; to-

mando en seguida el camino del Asia Menor, sometió la Kilikia, y recibió los homenajes de Gíges, rey de Lidia (665). El imperio se extendía del Tigrís al mar Egeo y del Mar negro hasta la Etiopía. Siguió una guerra feroz contra el Elam; á ésta la sumisión de la Caldea, en donde un hermano de Assur-ban-habal se había sublevado; después de mil sangrientas peripecias fué capturado y quemado vivo el joven rebelde "y ninguno de los rebeldes escapó, todos cayeron en mis manos." (Smith) sus lenguas fueron arrancadas, fueron expuestos delante de los toros de piedra de Sin-akhé-irib y arrojados en un gran foso, mutilados y sangrientos, en donde los devoraron los perros y las aves de rapiña. "Haciendo esto, dice el rey, alegré el corazón de los grandes dioses, mis señores" (G. SMITH.—*History of Assour-banipal*). Tocó la misma suerte al Elam. Su rey Umanaldas, un usurpador, luchó en vano, Susa cayó en poder del vencedor, y el país entero fué entregado á la más espantosa devastación; los dioses hechos prisioneros, los pueblos llevados cautivos á Assur; "dejé á los creyentes sin refugio y cegué todas las cisternas" (Lenormant). Poco después el Elam había desaparecido del teatro de la historia. Al recuerdo de sus reyes indomables, se sustituyó la leyenda de Memnon, y la leyenda reemplazó á la historia real del antiquísimo Elam, cuyos reyes eran dueños de la Asiria y de la Caldea, cuando Nínive no era más que una aldea (Maspero). Al morir Assur-ban-habal, el Egipto y la Lidia, le negaban sus tributos y no pudo vengar esta afrenta, agotado por tanta lucha y por tanta crueldad. Ninguno derramó más sangre que él para asegurar sus conquistas, y esto no hacía sino debilitarlas sin cesar, y con ellas al imperio que llegó en su tiempo al apogeo de la gloria en vísperas de la ruina más completa que se registra en el mundo antiguo. (No es conocida la fecha de la muerte de Assur-ban-habal).

LA FENICIA.—En la constante lucha de las diversas fracciones de la raza semítica que llena el período histórico que acabamos de recorrer, todas se van debilitando de tal modo, que al llegar la invasión arya tendrán que sucumbir para siempre. La Fenicia, desde el fin del reinado de Ithobaal I, estuvo entregada á las contiendas civiles. Tyro luchaba sin cesar con las otras ciudades fenicias; dentro de Tyro el partido popular batallaba en las calles con el aristocrático, acaudillado por los nobles de Sidon allí refugiados; á Ithobaal sucede Baletsor; á éste, un niño, Mutton ó Mitenna; á este sucedió Elissar, casada con su tío Sicharbal, gran sacerdote de Melkhart y regente. El partido popular lo derribó, dándole poco después la muerte.

Elissar urdió una tremenda conspiración, pero á punto de ser descubierta, se apoderó de una flota, embarcó á sus cómplices los aristócratas y marchó al África. Una vez en la Zeugitania, la joven viuda Elissar (Dido) compró al rey libio-fenicio algunas tierras, estableció una colonia en las ruinas de Kambé y la llamó Kiriath-Hadshat, (probablemente se pronunciaba Kart-Hadshat) que los griegos llamaron Karkhedon y los romanos CARTAGO (Movers). (Principios del siglo VII y algunos siglos después del famoso viaje de Eneas, el amante de Dido, según Virgilio). Esta emigración debilitó á Tyro y fué la señal de su decadencia. Es un hecho bien comprobado que los asirios habían invadido la Fenicia y penetrado en Tyro desde los tiempos de Ithobaal I en el siglo IX. Con los asirios adoptaron la misma política de sumisión que con los egipcios y sus veleidades de independencia eran presagio de mayores humillaciones. Los sidonitas batieron á los de Arad en 761, á Mutton II y fundaron de nuevo su supremacía en Fenicia; Elouli se rebeló contra Salnazar V y refugiado en la Tyro insular, le resistió con éxito. Saryukin no logró apo-

derarse de ella, pero su sucesor la tomó en 700 y puso en lugar de Elouli á Ithobaal II. Sidon fué entonces la metrópoli fenicia, pero su rey Abdimilkut se atrajo en 680 la cólera de los asirios que conquistaron á Chipre y destruyeron á Sidon. Esto devolvió á Tyro, en donde reinaba Baal, una apariencia de supremacía. Hasta la caída de Nínive la Fenicia permaneció quieta desde entonces.

Su imperio colonial en tiempo de Ithobaal había tomado un auge inmenso; los fenicios habían pasado el estrecho de Gádes y recorrido, bajando al S., el litoral africano, y subiendo al N. la España, la Galia, las islas del Estrecho (Inglaterra) y habían ido aún más allá tal vez. Después, á consecuencia de los disturbios de Tyro, su marina empezó á cejar ante los etruscos en la cuenca occidental del Mediterráneo, como en su cuenca oriental había cejado ante los griegos. Estos penetraron en Sicilia y desalojaron á los fenicios que en España y en África se veían cada día más débiles; y es que una nueva potencia marítima entraba en escena: la colonia fenicia de Cartago. Las otras colonias fenicias de aquellos mares se pusieron bajo su protección y así nació el imperio púnico (nombre que quería decir *fenicio* en su origen). Al fin del reino de Assur-ban-habal los fenicios no tenían ya colonias pero su habilidad para la navegación y el comercio los hacían útiles á todas las naciones marítimas, y gracias á esto su riqueza no padeció gran menoscabo.

La Judea.—En este período terrible de la historia de los pueblos orientales que se abre con la desaparición de los reinos sirios que servían de barreras entre asirios y egipcios, y se cierra con la formación de los imperios meda y caldeo, en el seno del pueblo judío, batido como un escollo por un mar tempestuoso, llega al apogeo de su evolución un fenómeno moral que aseguraba á la idea religiosa de aquella mezquina nacioncilla, un papel ca-

pital en la historia del mundo y superior al de esos colosos de fuerza que la hollaban, como huella un gigante la brizna de yerba en el campo.

Ya hemos visto cómo en medio de la idolatría á que tendió siempre la masa del pueblo hebreo, se había manifestado siempre, desde tiempo inmemorial, un germen de monoteísmo. La salida de Egipto y la constitución del pueblo por Moisés y sus sucesores aseguraron á este germen una especie de medio propicio para su desarrollo haciendo de un solo dios, cuyo nombre fué tomado del fondo común de las divinidades cananeas, el dios de la nación, un dios celoso y terrible, cuyo culto se confundía con el amor á la patria y cuya moral austera se encargaron de sostener los hombres destinados al sacerdocio. La lucha ardentísima que se trabó en las tribus del Norte entre los cultos extranjeros y el culto de Jahveh, tomó proporciones verdaderamente trágicas y suscitó, gracias al temperamento especial del pueblo hebreo, esos videntes de palabras arrebatadas que representaban, digámoslo así, los celos implacables de la divinidad y á quien es la pasión de la justicia frecuentemente y del culto nacional siempre, inspiraba acciones sublimes y sublimes visiones. Elijah (Elías) es el más eminente representante de este período del profetismo. Ya hemos visto también, que en Judá á la sombra del sacerdocio, el papel del profetismo insignificante primero, fué creciendo en los días de prueba y á medida que era más literario, era más espiritual y más puro. Entonces Jahveh no es simplemente el dios nacional de los primeros tiempos, no es el dios superior á los demás, de las épocas posteriores, es el dios único; Jesaiah lleva el monoteísmo á su apogeo. Jahveh "es el dios que ha medido las aguas en el hueco y el cielo con la palma de su mano." Colocado su trono en el espacio infinito, nada pueden ser para él las prácticas groseras del cul-

to externo; solo el espíritu, solo la oración llegan á su tabernáculo excelso "¿Qué queréis que haga con la muchedumbre de vuestros sacrificios? Ahíto estoy de holocaustos, de carneros y de la grasa de los animales cebados; no gusto ya de la sangre de los toros, de los chivos, de los corderos... No continueis trayéndome ofrendas hechas de nada; el incienso me repugna; odia mi alma vuestros novilunios y vuestros sábados y vuestras fiestas solemnes. Cuando estendeis vuestras manos, oculto mis ojos de vosotros; y cuando multiplicais vuestras preces, no las escucho, porque están vuestras manos empapadas en sangre." "Lavaos, purificaos, quitad de delante de mi vista la malicia de vuestras obras, cesad de hacer el mal: aprended á hacer el bien, buscad lo recto, ayudad al oprimido, haced justicia al huérfano y tomad en vuestras manos la causa de las viudas "Amar el bien y practicar la caridad, es decir, el deber y el amor, hé aquí las bases de la moral de Jesaiah; nunca había salido de humanos labios nada más alto ni más santo. El cristianismo estaba preparado. En aquellas horas de angustia en que á cada momento parecía levantarse en el cielo de Jerusalem el sol del último día, los profetas prometían al pueblo la victoria, si seguían aquellos preceptos sencillos y puros, y vaticinaban el más espantoso de los castigos si persistían en el pecado: de aquí vino su influencia inmensa en los días críticos; por su medio se aplacaba á la divinidad, por su voz se buscaba la misericordia del altísimo, y alguna vez bastó á los *nabis* el instinto supremo de las cosas, para convertirlos en hombres de Estado. Jesaiah fué un consejero habilísimo de Hiskiah, como hemos visto.

Quince años de paz y de prosperidad premiaron la prudencia y la piedad de Hiskiah. Sin embargo, en los últimos días de su reino el anciano Jesaiah se sentía presa de siniestros presentimientos, invitaba á las mujeres de Sion á dejar su